

SOBRE LA LECTURA

La letra de la transferencia

Ana Lanfranconi

Hay una erótica ligada a la lectura en la antigüedad y en la edad media: era una práctica que requería de otros: escribas, lectores. “El texto estaba condenado, desde su inicio a una exterioridad sin complejos, que nos gustaría calificar de impúdica” (R. Barthes, *Variaciones sobre la escritura*). En el siglo IV la lectura se hacía en voz alta o articulada en voz baja: la lectura en continuidad con el ritmo corporal, como algo que se daba a ver, como espectáculo. El lector moderno es un lector solitario, doméstico, clandestino.

La lectura como acto inmoral : Para Roland Barthes hay una escisión inherente al acto de leer (el sujeto cree emocionalmente en lo que lee al tiempo que conoce su irrealidad). Él, lector de Freud, supone un lector escindido, pervertido (la lectura como desviación, la ‘mala’ lectura, la pérdida del sentido). A éste le corresponde la posibilidad de una lectura *viva*, aquella que produce un texto. La lectura *muerta* está hecha de estereotipos, consignas; se trata de una lectura automática, sin riesgo, aquella que pretende salir rápidamente de un texto sin haber entrado en aquello de lo que se pretende salir. Pero para poder salir, es necesario entrar, tomar el riesgo. Esa entrada produce una ruptura. “Hay algo mágico en la letra como si convocara un mundo o lo anulara” (R. Piglia, *El último lector*).

Modos de leer

*‘La angustia de leer: cualquier texto, por importante ameno e interesante que sea (y cuanto más parece serlo) está vacío – no existe en el fondo; hay que cruzar un abismo, y no se entiende si no se da el salto’
(M. Blanchot, El espacio literario)*

La lectura como salto: “El salto del león”, decía Freud, para señalar la oportunidad que, cada vez, el analista lee o deja pasar.

La lectura como estrategia ante el vacío. En psicoanálisis, para que una lectura se produzca, es necesario el vacío, el vacío de significación y de sentido.

La lectura como atravesamiento, como pasaje: desde el lugar de la comprensión, en el que las palabras evocan imágenes, a otro espacio desde donde es posible leer las letras de un decir, donde la fascinación hipnótica por la imagen ha dejado lugar a un singular modo de leer. Lacan ubicó el lugar de la transferencia como un Supuesto saber leer de otro modo. Recordemos al detective Dupin, del cuento de Poe, que se ubica en un lugar tal desde el que localiza la carta (*lettre*). Se trata de una perspectiva, de un “punto de lectura; para el psicoanálisis ese punto es transferencial”. (G. Koop, *Redes de la letra 1*).

¿Cómo lee un analista?

Freud señaló el camino: los sueños, como vía regia para la lectura de la otra escena, el equívoco, como obstáculo necesario, el chiste, el síntoma, hechos de la misma estructura significativa. ¿Cómo deshacer con palabras lo que está hecho con palabras? ¿Cómo leer lo que sólo es legible desde cierto lugar? La lectura de un sueño implica sustraerse a la seducción de la apariencia, la precipitación a comprender, a buscar un significado. La letra se instituye cuando la imagen, a título de huella, se borra.

Freud leyó en la parálisis de las piernas de Isabel (en su pliegue con el enamoramiento de su cuñado, su culpabilidad y los avatares transferenciales de ese dolor-brújula de sus piernas): “no quiere dar un paso más”. El inconsciente que se lee en la superficie (moebiana), en esa pantalla de escritura que es el decir. Los pliegues del texto descubren la letra, se ausenta la imagen y el sentido cae. Lo que se produce es un efecto de sentido, la letra remite a otros significantes.

El texto que lee un analista, un texto cortado, fragmentado, en que el sentido estalla, está escrito en otra lengua, el goce (el cuerpo, su pulsación), ilegible, modula las inflexiones del decir.

El cuerpo de la voz, su movilidad, los rastros de la construcción del texto, sus pliegues. Algunas de las condiciones que balizan el decir, que orientan la lectura: el énfasis, desfallecimiento, insistencia, equívocos de la sintaxis, la homofonía, la homonimia, los usos de la lengua, proverbios. (Isidoro Vegh, *Las letras del análisis*)

El inconsciente utiliza el discurso para su escritura.

Hay un modo de leer que conduce a la pregunta acerca de cómo está hecho un texto: quién habla, a quién le habla, por qué le habla. El analista lee algo en la hechura de ese texto.

Lectura viva y transferencia

“Las Euménides no hablarán nunca más a los griegos, y nunca sabremos lo que se dijo en ese lenguaje. Es cierto, pero también es cierto que las Euménides aún no han hablado y cada vez que hablan anuncian el nacimiento de su lenguaje” (M. Blanchot, El espacio literario)

En este bello párrafo de Blanchot es posible ubicar una tensión entre una especie de “llamado del origen”, de la historia “verdadera”, y lo que se dice cada vez. Es freudiano: leer en la superficie cada vez. Esta tensión parece conducir su pregunta, en otro texto, acerca del valor, del estatuto de verdad del rastreo etimológico de las palabras. La misma palabra etimología remite por su etimología a una afirmación que delimita aquello sobre lo cual no se interroga: saber del sentido “verdadero” de las palabras. Distingue las etimologías de filiación de aquellas por afinidades (populares y literarias) que dependen de los tropos del lenguaje que se imponen implícitamente en determinadas épocas. “Con la idea subyacente de que lo más antiguo está más cerca de la pura verdad o trae de vuelta a la memoria lo que se perdió. Ilusión fecunda o no, pero ilusión” (*La escritura del desastre*)

En psicoanálisis, la historia, ¿ilumina con una luz más verdadera que cualquier otra aquello que alcanza su resplandor? Perder esa “verdad”, ¿abre a la verdad dicha cada vez? La historia, como el sueño, es su relato. La tensión no se resuelve, señala la posibilidad de la lectura *viva*, la producción de un texto.

La historia como inacabada, la verdad, a medio decir. Se trata de reescribir la historia: la neurosis de transferencia como la posibilidad - a través de una operación de lectura que conmueva la monotonía de la repetición - que esa historia pueda ser relatada de otros modos, que admita diversos modos de goce.

Freud pensaba que sus historiales clínicos se leían como novelas breves y que la responsabilidad de ese resultado era “la naturaleza misma del asunto”. Dicha naturaleza está hecha del encuentro entre lectura y transferencia. El género novelesco como aquel que atrae al lector hacia una participación en la obra como del desarrollo de algo que se hace, en la intimidad de ese vacío, ficción verdadera en el acto de leer.

Ana Lanfranconi, Docente de la Escuela de Clínica Psicoanalítica del Centro Oro